

12

1010112

HECHOS Y
COMENTARIOS

Sty

**La intimidad
literaria de
Agustín Acosta**

Por JOSE M. CHACON Y CALVO

— II —

UN aire de guerra fratricida soplabla sobre nuestra isla y en aquel lugar, en donde, precisamente, una popular figura política había concentrado sus fuerzas, Agustín Acosta me leía unos versos elegiacos a Rubén Darío y yo la "improvisación" ateneística con que había de inaugurar aquella sesión del Ateneo de La Habana, que conmemoraba el primer aniversario de la muerte del gran renovador de la poesía de nuestra lengua. Y a poco—cuando ya la patria vivía la tragedia de la discordia de sus hijos—una carta de Agustín Acosta, una de esas cartas en las que el sentido del humor se concierta con las puras esencias de la poesía, me hablaba del gravísimo riesgo que habíamos corrido, por que ¿quién pudiera creer que en ese lugar solitario habíamos ido con un inocente propósito literario y no para una conspiración animada por el bélico espíritu? Militaba ya el poeta en las filas del Partido Liberal, cuyo credo ha profesado siempre en su vida de hombre público sin mancha. Yo comenzaba a sentir mi sueño—mi gran ensueño debiera decir mejor—de la libertad política de la cultura y debía tener como el autor de *La Zafra* la misma desazón ante la sombra de dictadura, que parecía divisarse en nuestro panorama nacional.

Las cartas de Agustín Acosta no podrán faltar, en un alto número, en una antología del poeta. Yo siento no tener en su integridad, junto a mí, el copioso epistolario que a lo largo del tiempo, desde aquellos días de 1917, he ido formando con las misivas del amigo entrañable que atestiguan, en primer término, el tesoro de bondad de su corazón.

¡Cómo se siente en estas cartas la afirmación de Romain Rolland, en su Juan Cristóbal, la gran novela cíclica: no hay signo de excelstitud humana mayor que la bondad!

Hay en su producción lírica (de la que sólo una parte ha visto la luz) unos versos, que no sé si siquiera ha incorporado a uno de sus libros y que yo los oí en una sesión de la Academia de Artes y Letras, leídos con su arte de gran lector por Antonio Iraizoz, el escritor ilustre que hoy es Embajador de Cuba en España.

Este verso de una ostensible contención verbal expresa con enérgico acento cómo preside en la obra de Acosta un imperativo ético, una fuerza moral que da a su poesía la más pura luz. Se titulan *El amargo deber* y el estu-dioso de nuestra poesía puede leerlos en los Anales de la Academia de Artes y Letras correspondientes al curso de 1946 a 1947. Dicen así:

"Diamante, tú en la mina, y yo en la honda — noche de mi silencio — no cumplimos el deber de dar luz. — Place a la fronda la dulce solidez de los racimos. — Piensa que la merced hay quien reclama — pobre merced de tu fulgor y el mío; — que no pide ceniza sino llama — que no sospecha laxitud ni frío... — Sacrifiquemos al dolor, hermano, — nuestro egoísmo. El corazón humano — arrope en ilusión su odio y hastío. — Y pues sangre del alma nos reclama — que no sea ceniza sino llama — la que le ofrezcan tu fulgor y el mío".

Pedro Henríquez Ureña, una gran voz de la filología y de las humanidades de América, señalaba en una carta a Félix Lizaso, a propósito de su libro en colaboración con José Antonio Fernández de Castro, La poesía moderna en Cuba, cómo la contención verbal va siendo en la poesía de Agustín Acosta una nota definidora, contrastando con el ímpetu romántico de su iniciación. En esa misma carta se lamenta de que la severa Antología "no haya alcanzado a registrar la aparición de *La Zafra* que convierte a su autor en poeta nacional".

Y en esa misma fase culminante de su obra lírica —cuyos valores examinarán en esta sesión de homenaje el preclaro historiador del modernismo, Max Henríquez Ureña, y el doctor Medardo Vitier, el egregio ensayista, que con su don de palabra ha de hablarnos también del hombre público de acrisolado patriotismo y de pura conciencia que alienta en el poeta— no falta la nota que no puedo denominar de otro modo sino de intimidad. ¿No lo vemos claramente en la inserción de la décima, "la melancólica décima criolla", en la parte central del poema, en ese pasaje de *Las carretas en la noche*, que no po-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

drá faltar ya en una antología del verso en la lengua española?

"Hoy no saliste al portal—cuando a caballo pasé—guajira: no sé por qué—te estás portando muy mal...—En el verde platanal—hoy vi una sombra correr:—mucho tendrá que temer—quien te me quiera robar—que ya yo tengo un altar—para hacerte mi mujer".

Y la nota íntima, lograda sobriamente con un feliz toque de lo popular, acentúa el carácter hondamente nacional del gran poema, que, en su espíritu, es de épica majestad.

El poeta mismo en otra composición que es también imprescindible en toda selección de los grandes momentos de la poesía de nuestra lengua, nos ha dicho con las palabras justas, de acentuado valor introspectivo, cómo ha evolucionado su poesía, cómo su camino ha ido de la exuberancia a la contención, del acento impetuoso a la serenidad resplandeciente. Vedlo así, en **Ex-libris**:

"¿Y mi grito de ayer? Le puse al piano — una sordina espiri-

tual...—¡Qué vida interior profunda la de estos versos! ¿No se presiente que el autor ha encontrado el camino de la propia liberación?

...También he dicho—que soy en mí como es en sí la sombra:—causa de luz y efecto de sí misma.—Ved como siendo sombra, soy aurora!"

Testimonios de otra índole, páginas críticas que son verdaderas confidencias, nos acercarán a un nuevo aspecto de la intimidad de Agustín Acosta. Hemos de verlo en un último artículo.

Am, dic 11/24



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA